ADMINISTRACIÓN LÍRICO-DRAMÁTICA

LA ZARZUELA NUEVA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

TOMÁS L. TORREGROSA

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE APOLO
EL DÍA 7 DE OCTUBRE DE 1897



MADRID
MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO
1897



LA ZARZUELA NUEVA

LA ZARZUELA NUEVA

ZARZUELA EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

SINESIO DELGADO

MÚSICA DE

TOMÁS L. TORREGROSA

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DE APOLO
EL DÍA 7 DE OCTUBRE DE 1897



MADRID
IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado.
1897

Al Señor

D. Miguel Ramos Carrión,

maestro de autores,

Sinesio Delgado.

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ROSARIO (corista).....................	Sra.	Perales.
LA MIRANDA (primera tiple)...........	»	Campos.
LA SEÑORA BERNARDA (ramilletera)..	»	Vidal.
CASILDA (corista).........................	»	Torres.
LA SEÑORA EUSEBIA........................	»	Rodríguez.
CORISTA 1.ª...........................	»	Fernández.
PINILLA (portero del escenario).........	Sr.	Mesejo (E.)
VILLLANUEVA (autor)..................	»	Ripoll.
DON FERNANDO (senador)...........	»	Mesejo (J.)
MORENO (actor)......................	»	Sanjuan.
TEODORO (joven elegante)...........	»	Carrión.
VALENTIN (crítico).................	»	Ontiveros.
LOZANO (autor)......................	»	Ruesga.
URRUTIA (representante de la empresa)...	»	Ramiro.
FAUSTINO (mozo de café).............	»	Sánchez.
EL MAESTRO DE COROS............	»	Picó.
EL SEGUNDO APUNTE..............	»	Manzano.

Coristas, carpinteros, curiosos, etc.

La acción en un teatro de Madrid. Época actual.

ACTO ÚNICO

Saloncillo de un teatro, en forma ochavada. En el foro puerta muy grande, de arco, sobre la cual, en letras gordas, se lee: ESCENARIO. Esta puerta está colocada á bastante altura sobre el nivel del escenario verdadero, de modo que se suba á ella por un tramo de escalera ancha, de cuatro peldaños. A la derecha, en primer término, puerta grande que se supone comunica con el pasillo de los palcos; en segundo término otra puerta de la cual arranca la escalera que conduce á los cuartos del coro de señoras. A la izquierda otras dos puertas pequeñas. En la primera hay un letrero que dice: SEÑOR MORENO. En la segunda otro que dice: SEÑORITA MIRANDA. En la primera derecha, ya dentro de la caja, pero de modo que se vea desde el lugar que ocupa el público, está la silla del portero, en los espacios que quedan entre todas las puertas divanes de terciopelo rojo, y junto al diván de la izquierda un velador pequeño y algunas sillas de rejilla. Detrás del velador, en segundo término un piano. En el escenario falso, del otro lado de la puerta del foro se ven los bastidores de perfil, y en las cajas hay, durante toda la representación, carpinteros, madres de coristas, criadas de tiples, niños, señoritos, etc., etc. Las indicaciones de derecha á izquierda se refieren al actor mirando al público.

ESCENA I

Al levantarse el telón PINILLA, con gorra de acomodador, ocupa la silla del portero, LOZANO, sentado en uno de los divanes de la derecha, presta atención á lo que ocurre en el escenario falso, en el cual la gente se aglomera en las cajas, con el interés que inspira el final del un estreno. Dentro cantan un concertante MORENO, LA MIRANDA, y coro de señoras.

Música.

CORO. (Dentro.) Escándalo tenemos,
la cosa va de veras;
corramos, compañeras,

que es gratis la función.
Una señora guapa,
no sé por qué habra sido,
á un joven bien vestido
le ha dado un pescozón.

MORENO. (Dentro.) Ponme en frente un enemigo
con quien pueda pelear,
y en quien vengue ese castigo
que no puedo tolerar.

LA MIR. (Dentro.) El instante ya maldigo
en que te he empezado á amar;
¡aun es débil el castigo
y mayor le has de encontrar!

CORO. Se conoce que el amigo
no es un hombre regular
y le anuncian el castigo...
¡vaya un modo de anunciar!

MORENO. Ponme en frente un enemigo, etc.
LA MIRANDA. El instante ya maldigo, etc.
CORO. Se conoce que el amigo, etc.

(En el concertante hay un momento de barullo en que la orquesta, las partes y los coros echan cada uno por su lado, justificando la protesta del público falso que debe oír el verdadero clara y distintamente. Al terminar la música y cuando se supone cae el telón, aumentan la gritería y los silbidos, deshácense los grupos que estaban entre bastidores, se ve retirarse apresuradamente á las coristas y una pareja de carpinteros se acerca á cada bastidor como disponiéndose á quitarlo.)

ESCENA II

PINILLA, LOZANO, MORENO, URRUTIA, VILLANUEVA, TEODORO, LA MIRANDA, LA CASILDA, CORO Y ROSARIO.

(Entran y salen cuando se indique.)

Hablado.

MORENO. (A Urrutia, arriba.) ¿Qué hago? ¿Salgo á decir los nombres?

URRUTIA. Si puede usted...

MORENO. ¡Qué he de poder! Pero, en fin, veremos.
(Desaparece Se supone que se levanta el telón y aumenta el estrépido.)

MORENO. (Dentro.) La obra que hemos tenido...

VOCES. ¡Fuera! ¡No! ¡A la carcel! (Silbidos, palmadas, protestas. Villanueva atraviesa la escena de arriba huyendo y le detiene Urrutia.)

URRUTIA. Vamos, hombre, salga usted.

VILLAN. ¡Yo qué he de salir, si se viene el teatro abajo con la gritería!

URRUTIA. Pero son unos cuantos nada más. Salga usted.

VILLAN. ¡Que no salgo aunque me fusilen, ea!
(Desaparece forcejeando. El coro de señoras, por grupos, baja precipitadamente la escalera y se va por la segunda derecha. (Trajes de calle.) Sigue dentro el escándalo.)

LOZANO. ¡Atiza, manco! Cuando las barbas de tu vecino veas pelar...
(Sale La Miranda muy elegante del brazo de Teodoro, baja la escalera y se dirige á su cuarto, segunda izquierda.)

LA MIR. Pero ¿ve usted, Teodorito?

TEODORO. ¡Ya, ya! ¡Qué lástima de concertante! Lo canta usted divinamente.

LA MIR. Pero ¡claro! el público se nos ha echado encima. Ese adoquín de Moreno se ha adelantado tres compases... (Llegan á la puerta del cuarto.) Gracias. (Soltando el brazo de Teodoro y abriendo la puerta.) Espere un momento; voy á vestirme para la siguiente y abriré en seguida.

TEODORO. (Muy meloso.) ¡Monísima! ¡Riquísima! ¡Preciosísima!

LA MIR. ¡Asaúra! (Con mimo. Entra y cierra la puerta.)

TEODORO. ¡Con qué gracia dice *asaúra* esta mujer! Vamos, me vuelve loco.
(Durante este diálogo continúa cruzando la escena el coro de señoras. Sale Moreno, baja lentamente la escalera y se encamina también á su cuarto.)

MORENO. (A Lozano) ¡Vaya un meneo! ¿eh?

LOZANO. Sí, sí... ya veo que les han agradecido á ustedes el concertante, señor de Moreno.

MORENO. No podía suceder otra cosa. ¿No ve usted que el director de orquesta es un animal y se ha adelantado tres compases? Hasta luego. (Entra en su cuarto. Sale el último grupo de coristas.)

LOZANO. Adiós.

CORIS. 1.ª (A Casilda) ¡Hija! ¡Cómo zumban!

CASILDA. Pues la obra se ha hundido por la tiple nada más, ¿sabes tú? ¡Se ha adelantado tres compases!

CORIS. 1.ª Ya lo he visto. (Vanse por la escalerilla de su cuarto. Inmediatamente sale Urrutia, baja del escenario, abre la puerta por donde se han ido y grita dirigiendo la voz hacia arriba.)

URRUTIA. ¡Coro de señoras! ¡Un sueldo de multa por haberse adelantado tres compases! (Vase por el escenario.)

LOZANO. ¡Bien hecho! Alguien ha de pagar los vidrios rotos, y el último mono es el que se ahoga. (Se levanta y se acerca á Teodoro que está al otro extremo, de pie, á la puerta del cuarto de La Miranda.) ¿Me hace usted el favor de un cigarro?

TEODORO. Sí señor, con muchísimo gusto.

(Rosario aparece en lo alto de la escalera del escenario. Pinilla, que ha estado observando atentamente el desfile del coro, se levanta, asoma la cabeza por la puerta y dice:

PINILLA. ¡Rosario!

ROSARIO. ¿Qué quieres?

PINILLA. ¡Siempre la última! ¿Qué hacías allá arriba?

ROSARIO. Nada; me ha entretenido el maestro diciéndome que tenemos que bajar á ensayar en el entreacto.

PINILLA. ¡Hombre! ¿sí? ¡qué fino es el maestro! Y ¿por qué no se lo ha dicho á las otras? Bueno; pues en cuanto puedas bajas, ¿sabes?

ROSARIO. Si puedo... (Vase por la escalerilla segunda derecha. Pinilla vuelve á sentarse en su puesto.)

TEODORO. ¿Y cómo va esa obrita? ¿Se ensaya?

LOZANO. ¡Qué se ha de ensayar, si acabo de traerla con el arreglo número diez y siete!

TEODORO. ¡Diez y siete arreglos! Habrá quedado perfecta.

LOZANO. Al revés. Ya no se sabe lo que es aquello. A un padre le he hecho tía, á un general soldado raso, y el lugar de la acción que era el comedor de una casa de huéspedes, se ha convertido en un barranco del Guadarrama. ¡Le digo á usted que hacen judiadas conmigo para dar largas al asunto.

TEODORO. ¡Ah! ¿ya hace mucho tiempo?...

LOZANO. Cinco años hace que vengo todas las noches á ver en qué quedamos. De modo que el día que me la pongan, estoy por decir que me fastidian; porque ¿dónde voy á ir yo á pasar este ratito?

TEODORO. Ahí viene el autor de la que han silbado esta noche.

(Aparece Villanueva en lo alto dela escalera del foro.)

LOZANO. ¿Ve usted? Dios no quiere que me vea yo en semejante trance. (Vuelve á sentarse en el diván.)

ESCENA III

TEODORO, LOZANO, PINILLA Y VILLANUEVA

VILLAN. ¡Pues no sabrá usted lo que es bueno!

TEODORO. ¡Qué lástima que no haya gustado, señor de Villanueva! Asunción estaba hermosísima, ¿no ha reparado usted?

VILLAN. No señor; no he tenido tiempo.

TEODORO. Pues ¿y la Dolores? ¿Y la Casilda? ¡La Casilda sobre todo! En el coro de mendigos ha sacado todos sus brillantes.

LOZANO. ¡Hola! ¿Conque la Casilda tiene brillantes?

VILLAN. Ya lo creo ¡Para mí los quisiera!

LOZANO. ¿Tendrá buen sueldo, eh?

TEODORO. Diez reales, como las demás.

LOZANO. ¿Y con diez reales compra alhajas?

VILLAN. No, señor, no; la compran las alhajas á ella. (Al portero) Pinilla, hágame usted el favor de llegarse al café y decir á Faustino que me traiga una botella de cerveza.

PINILLA. Voy en seguida. (Vase.)

VILLAN. Los disgustos hay que pasarlos á tragos.

TEODORO. Pero, hombre, ¿y por qué se ha quedado usté aquí á pasar el mal rato?

VILLAN. Y ¿qué quiere usted que haga? ¿Anonadarme? ¿Acobardarme? ¿escurrirme por la puerta falsa, huyendo como un criminal de la algazara y del estrépito con que el vencedor celebra mi derrota? ¡No, señor! Aquí esperaré, firme en la brecha, hasta que se pierda en la sala el último rumor de las protestas y de los silbidos. A haber triunfado, estaría allá arriba rodeado de los actores, saludando con orgullo, recibiendo entre una aureola de gloria falsa los aplausos de los alabarderos, apurando hasta el último instante el voluptuoso placer de la victoria Puesto que he sido vencido, el público tiene derecho á saborear el fracaso; quiero que adivine al enemigo detrás del telón, desencajado, pálido, pagando su torpeza con unos cuantos minutos de angustia. El que está á las maduras debe estar á las verdes. Me quedo. (Se sienta en una silla junto al velador.)

LOZANO. ¡Muy bien, señor de Villanueva! Lo mismo haré yo cuando estrene, que no llevo camino...

VILLAN. Aparte de eso, también el fracaso teatral tiene sus encantos.

LOZANO. ¡Cuerno! ¡Exagera usté un poco!

VILLAN. Los tiene, sí señor. Usted ha preparado sus armas, ha estudiado los recursos, ha escogido á su gusto las posiciones y le dice al público: «¡Entra!» Y entra efectivamente en el palenque el monstruo de mil cabezas receloso, inquieto, regodeándose interiormente con la esperanza de las emociones futuras. Puede engañársele con recursos falsos, con frases de relumbrón, con muñecos rellenos de serrín, imitando personajes de carne y hueso; puede bañársele en esa ola de vulgaridad que le sabe siempre á gloria, y que amenaza tragarnos á todos; pero si tal no se consigue, se le verá crecer, agrandarse, emborracharse con la alegría del escándalo, avanzar fieramente como fatídico espectro hasta las candilejas, alargar sus zarpas de hierro, estrujar y pulverizar al autor, escondido tras la débil muralla de los bastidores, y arrojarle como un guiñapo en las profundidades del foso, tronzando sus ilusiones, desbaratando su labor de muchos días, arrebatándole tal vez de entre las manos el pan de sus hijos... Pero ¡qué gusto ser vencido así! Porque eso será terrible como una catástrofe, pero es hermoso como un pedazo de gloria. Pelea desigual y cuerpo á cuerpo, combate de uno contra mil, ¡lucha de hombres!

TEODORO. De la que se suele salir, por lo visto, con las manos en la cabeza.

VILLAN. *¿Y cómo no? El vulgo tiene instintivamente predilección por lo chabacano, por lo grosero, por lo adocenado, por el arte de baja estofa. Seguirle en su mal gusto es una garantía de buen éxito, contrariarle en su afición es exponerse á la derrota.

Pero el autor de veras debe poner su arte sobre todas las cosas. Debe plantarse ahí arriba bravamente y fustigar al público en sus vicios y zaherirle por su ignorancia, y enseñarle los buenos derroteros, como se enseñan esas cosas á las muchedumbres: ¡á latigazos, si hace falta! Y si el monstruo se aburre porque no lo entiende ó se enfurruña porque lo entiende demasiado, si airado se arroja sobre la obra y sobre el autor y los atropella, pisotea, magulla y despedaza, no hay sino aguantar el envite, dejar que pase el turbión, limpiarse la ropa, curarse los cardenales y levantarse en cuanto se pueda para volver á empuñar briosamente el látigo. Porque no hay término medio: ¡ó dejarse amarrar como un esclavo á la noria de la necedad, ó empuñar osadamente las riendas y dirigir con energía el carro de combate (1). *

LOZANO. Me ha convencido usted, y ahora mismo voy á preguntar otra vez al representante cuándo se ensaya mi obra. (Vase al escenario.)

LA MIR. (Entreabriendo la puerta de su cuarto) Teodorito, puede usté pasar cuando quiera.

TEODORO. Voy allá. (A Villanueva) Con permiso.

VILLAN. Le acompaño á usté. Tengo que dar las gracias á la tiple. (Viendo que el otro le cede el paso) No, usté primero. (Entra en el cuarto Teodorito. Cuando va á hacerlo Villanueva, sale Pinilla por la primera derecha)

---

(1) Los párrafos comprendidos entre las estrellitas pueden suprimirse en la representación, con harto dolor de mi alma, si el director de escena entiende que la relación se hace pesada, ó que no está el público para esas bromas.

ESCENA IV

VILLANUEVA, PINILLA, luego VALENTÍN, después FAUSTINO, al fin CASILDA

PINILLA. Señor Villanueva. Aquí viene Faustino con la cerveza.

VILLAN. Bueno, que la deje en el velador. Salgo en seguida.

PINILLA. Es que... usté dispense, pero yo quisiera que me escuchara usté un momento.

VILLAN. ¿Qué es ello?

PINILLA. Que tengo que pedirle á usté un favor.

VILLAN. Mala noche para favores.

PINILLA. Ya lo sé, pero es cosa que me urge tanto...

VILLAN. Bueno; ¿de qué se trata?

PINILLA. ¿Usté conoce á Rosarito?

VILLAN. ¿Esa chica que ha entrado en el coro hace poco tiempo?

PINILLA. Justo; la última que ha entrado.

FAUSTINO. (Saliendo con una botella chica de cerveza, copa y plato.) Buenas noches.

VILLAN. ¡Hola!

FAUSTINO. (Dejando la copa en el velador y empezando á descorchar la botella). ¿De modo que nos han gritado, señor de Villanueva?

VILLAN. ¿Qué es eso de *nos?* ¡Qué más quisieras! ¡Me han gritado á mí solo! (A Pinilla.) Siga usted. Quedábamos en que Rosarito...

PINILLA. Pues... que tengo yo mucho interés por ella, ¿sabe usté?

VILLAN. Ya; comprendido.

PINILLA. No; no piense usted mal, porque no es eso. La conozco desde que era chiquilla, entre nuestras familias ha habido siempre una buena amistad, y... vamos, yo quisiera que hablara usté á la empresa para que la dis-

pensara de salir en el coro de la obra que se va á hacer ahora mismo. Porque salen de guerreros romanos ¿sabe usté?, con mallas y faldellín corto, y casco, y el pelo tendido y los brazos al aire. .

FAUSTINO. (Echando la cerveza en el vaso.) Y que estarán muy ricas.

VILLAN. Vamos, y la da vergüenza. Es natural, como es la primera vez...

PINILLA. A ella no sé, pero á mí sí. A mí me dá mucha vergüenza y muchísima rabia.

FAUSTINO (Marchándose.) Hasta luego.

VILLAN. Adiós. (A Pinilla.) Mala ocasión es esta para ir al empresario con esas coplas. Como me acaban de gritar, es probable que nos eche á usté, á la chica y á mí con cajas destempladas. Pero, en fin, probaremos.

VALENT. (Cruzando la escena desde la primera derecha á la del foro.) Buenas.

PINILLA. Caballero, ¿por quién pregunta usted?

VALENT. (Con altivez). Soy de la prensa. (Vase).

VILLAN. Uno de los que me llamarán imbécil mañana. De modo que lo que yo tengo que pedir es que Rosarito no salga en el coro de guerreras.

PINILLA. Justo.

VILLAN. Por lo visto la quiere usted mucho ¿eh?

PINILLA. ¿Y cómo no? Si es... ¿cómo le diré yo á usté que es, señor de Villanueva? Guapa como un ángel, ó por lo menos á mí me lo parece, mas candorosa que guapa, más sencilla que candorosa, más buena que sencilla y más santa... ¡que la memoria de mi madre! Dirá usted: «¿y cómo se la ha ocurrido venir aquí á cantar en el coro?» ¡Pues ahí está lo malo, que no ha sido á ella! A ella, ¿cómo se la había de ocurrir ese disparate? Pero ese diablo de mujer, esa señora Eusebia que ya usté conoce,

que un año es madre de la Casilda y al otro tía carnal de la Dolores, y al otro ama de llaves de la Teresa y siempre maestra de enredos, y ayuda de malos pasos, y fiadora, y criada, y consejera y tapa líos todo en una pieza... esa tal cayó por nuestro barrio, enviada por el mismísimo demonio, y conoció á Rosario, y se hizo amiga de su madre, y se compadeció de su miseria, y como las pobres no encontraban labor en ninguna parte... ¡mire usté por dónde las protegió la señora Eusebia, y se trajo aquí á la muchacha, y no sé de cuáles recomendaciones echó mano que la admitieron en seguida. Es decir, no lo sé, pero me lo figuro, y como resulte verdad lo que sospecho... yo voy á hacer una barbaridad muy grande, señor de Villanueva.

CASILDA. (Asomándose por la segunda derecha). ¡Faustino!... ¿Anda por ahí Faustino?

PINILLA. Acaba de irse.

CASILDA. Pues cuando vuelva haga usté el favor de decirle que suba á nuestro cuarto un bisteck con patatas, un sorbete de fresa y una copa de Jerez con bizcochos.

VILLAN. ¡Qué mezcla!

CASILDA. No, señor, no es mezcla. porque somos tres. El bisteck es para mí, el sorbete para Dolores y la copa para Rosarito.

PINILLA. ¡Rosario tomando copas! Y ¿quién las convida á ustedes?

CASILDA. El ministro de la Guerra, ¿le importa á usté algo? ¡Vaya con el hombre! (Vase.)

PINILLA. ¿Ve usted cómo tengo razón para desconfiar y repudrirme? ¿Quién la convida, vamos á ver? ¿Quién la convida?

VILLAN. Pues ya lo ha oído usted El ministro de la Guerra si viene á mano. Pero ¿cómo es

que ella acepta sin inconveniente? ¿No decía usted que era una santa?

PINILLA. ¡Y lo es!

VILLAN. Lo era. Porque ¿cuánto tiempo hace que está en el coro?

PINILLA. Tres días.

VILLAN. Pues créame usté á mí; tres días en el cuarto de la Dolores y de la Casilda no se pasan en balde. (Bebe el último trago de cerveza.) Vaya, me voy á ver al empresario. (Vase por la primera derecha.)

PINILLA. ¡Quiera Dios que le coja usted en un buen cuarto de hora!

ESCENA V

PINILLA, ROSARIO

ROSARIO. (Saliendo.) ¡Ramón!

PINILLA. ¡Ah! ¡que á tiempo llegas! Ven acá, dí, ¿quién te ha convidado á una copa de Jerez con bizcochos?

ROSARIO. ¡Si yo no lo sé! Ha sido cosa de la Casilda y la señora Eusebia.

PINILLA. ¡Hombre! ¿Si? ¿Pues sabes tú lo que voy á hacer con la señora Eusebia? ¡Colgarla del telar el día menos pensado!

ROSARIO. Pero no te pongas así; ¿qué tiene eso de particular?

PINILLA. Tiene de particular que te quiero más que á mi vida ¿sabes? y que tengo celos de todo, y rabia por todo, y sólo de pensar que esos señoritos imbéciles que se figuran que todo el campo es orégano te van á tratar como á las otras, y te van á convidar como á las otras, y van á pensar de ti lo que de las otras... se me enciende la

sangre, y se me cierran los puños, y me dan tentaciones de dejarlos caer sobre cualquiera.

ROSARIO. Pero ¿por quién lo dices? ¡Si no tienes motivo!

PINILLA. Por ninguno y por todos. Veo la ofensa en el aire estrechándose y espesándose cada vez más... ¡Ah! pues si este odio que yo tengo á cuantos te rodean pudiera dirigirse á uno... ¡á uno solo!

ROSARIO. Vaya, veo que así no podemos vivir.

PINILLA. No; no podemos vivir, porque mientras tú sales ante el público y charlas entre bastidores yo tengo que estar ahí, clavado en esa silla, como en el potro del tormento, consumiéndome y abrasándome. .

ROSARIO. Pero ¿por qué, Dios mio?

PINILLA. Porque tú ya no eres la misma, porque ya no me quieres, y puesto que al fin y al cabo me vas á engañar, porque todas las mujeres engañáis. . ¡dímelo! y puede que no te crea.

ROSARIO. ¡Qué tonto eres! si te quiero lo mismo que antes. Si no hago caso de nadie ni de nada.

PINILLA. (Transición.) ¿De veras? Es de veras eso? (Cogiéndola las manos.) ¿Ves? Con cuatro palabras tuyas se me ha pasado en un momento toda la ira. Y es que en cuanto me das la mano me quedo sin alma, porque se me marcha toda por los dedos.

ROSARIO. ¿Y no volverás á dudar nunca?

PINILLA. ¡Ay! Eso sí que no puedo jurarlo. ¡Chist! Vete; que salen. (Vase Rosario corriendo segunda derecha. Aparece Moreno con un periódico en la mano, p r la puerta de su cuarto, y se sienta en el divár, junto al velador).

ESCENA VI

PINILLA. MORENO. Luego TEODORO. Después EUSEBIA

MORENO. ¿Han preguntado si se podía empezar?

PINILLA. Todavía no señor.

MORENO. Es que como á mí no me avisa nadie, porque aquí hace todo el mundo lo que le da la gana, y lo mismo les da un primer actor que el último corista... (Sale Teodoro del cuarto de la Miranda).

TEODORO. ¡Siempre murmurando!

MORENO. Calle usted, que estoy más quemado esta noche... Ya ve usted qué papelitos me reparten á mí. Los de las obras como la que nos han zumbado. Y lo floridito, lo que se hace solo... ya se sabe para quién es.

EUSEBIA. (Saliendo segunda derecha.) Señorito Teodoro.

TEODORO. ¿Qué hay, Eusebia?

EUSEBIA. ¿Va usté á pagar á Faustino lo que han pedido las niñas; ó quiere usted que yo...

PINILLA. (¡Calle! ¡este es el de la copa!

TEODORO. Sí, sí; tome usted (dándole dinero) y arregle la cuenta, porque ese bárbaro de Faustino, á lo mejor me lo dice delante de Asunción, y me pone en un compromiso. (Vase Eusebia primera derecha.)

PINILLA. ¡Bruja de los demonios!

EUSEBIA. ¿Sí, eh? ya quisieras tú que te llevara donde yo dijera. (Vase).

MORENO. ¡Hola, hola! Conque por lo visto ¿también por allá arriba tiende usted sus redes?

TEODORO. ¿Qué quiere usted, amigo? se hace lo que se puede. Todo lo que no sea andar por el mundo con muchas mujeres es andar solo.

MORENO. Pues yo creía que éste (señalando al cuarto de la Miranda) era un amor del alma.

TEODORO. ¡Hombre! ríase usté de los amores del alma; ¿usté cree que hay eso?

MORENO. Ya lo creo.

TEODORO. Pues también las viejas tienen alma. ¿Y en qué consiste que de las viejas no se enamora nadie?

ESCENA VII

DICHOS. BERNARDA (con un cestito de claveles y un ramo grande).

BERNARDA. (A Pinilla al entrar.) ¿Ha venido D. Fernando?

PINILLA. ¿Qué le quería usted?

BERNARDA. Lo que quiero no se lo voy á d ecir á usté, criatura. (A Teodoro.) ¿Un clavelito?

TEODORO. Como usté quiera. (Se lo pone.) ¡Hola! ¿para quién es ese ramo?

BERNARDA. Para la Miranda.

TEODORO. ¡Ah, sí! el de todas las noches.

MORENO. ¡El ramo misterioso! que no ha habido manera de averiguar quién se lo envía.

TEODORO. La Bernarda debe saberlo. Vamos, aquí en confianza, ¿quién paga ese ramo?

BERNARDA. ¿Me van ustedes á guardar el secreto?

MORENO. Claro que sí.

BERNARDA. Pues lo paga... ella misma.

MORENO. ¡Ah, demonio! Es una manera de darse tono como otra cualquiera.

BERNARDA. (Llamando á la puerta del cuarto.) Srta. Miranda ¿se puede?

LA MIR. (Dentro.) Adelante, señora Bernarda.

(Benarda entreabre la puerta, figura que saluda y deja el ramo. Vuelve á cruzar la escena y vase por la escalerilla del cuarto del coro. Pinilla la sigue atentamente con la vista.)

TEODORO. ¡Vea usted! ¡y yo que tenía unos celos rabiosos de ese galán que no se presentaba nunca! (Riéndose.)

PINILLA. ¡Ríete, ríete! ¡que la copita de Jerez se te va á volver veneno!)

ESCENA VIII

DICHOS. URRUTIA, VALENTÍN, LOZANO, por el foro. Luego VILLANUEVA

URRUTIA. (A Valentín.) Yo lo siento en el alma; pero no puedo hacer nada en el asunto.

LOZANO. ¿Ni tampoco en el mío?

URRUTIA. Tampoco. La empresa es la única que decide.

LOZANO. Pues ¿no es usted su representante?

URRUTIA. Pero soy representante para eso; para decir que no puedo hacer nada.

VALENTÍN. Bueno, pues yo lo que le digo á usted es que *El Silbato* necesita dos butacas diarias, y que si no se las señala la empresa estoy dispuesto á llamar inmundicia literaria á todo lo que se estrene. (Siguen hablando bajo en segundo término.)

VILLAN. (Entrando. A Pinilla). Nada; lo que yo había previsto. Dice que si no quiere salir de mallas que se vaya á un convento.

PINILLA. Muchas gracias de todas maneras.

VALENTÍN. ¡Hola! aquí está nuestro autor. ¿Ve usted? Este lo va á pagar mañana

VILLAN. (Acercándose al grupo.) ¿De qué se trata, señores?

VALENTÍN. De que las empresas no tienen la consideración debida á la crítica teatral, y luego ustedes se quejan de que apretemos las clavijas.

VILLAN. No; yo no me quejaré nunca, porque eso es eterno. Siempre será más fácil y más cómodo decir: «Esos zapatos están mal hechos», que ponerse y hacer unos zapatos.

VALENTÍN. Es que no todo el mundo tiene obligación de entender de zapatería, pero el que se pone á hacerlos debe hacerlos bien.

VILLAN. Estamos conformes. Pero ¿usted cree de veras que la crítica teatral tiene influencia sobre el público?

VALENTÍN. Ya lo creo, mucha.

VILLAN. Y ¿no dice usted todos los días que el arte está decadente?

VALENTÍN. Porque es verdad.

VILLAN. Pues ¿qué influencia es la de ustedes que no sirve para levantarlo?

VALENTÍN. ¡Bah! exageraciones.

VILLAN. Como las de usted (*en secreto*) que se ha atrevido á decir que la Miranda canta como los mismísimos ángeles.

VALENTÍN. Y es verdad. ¿Usted ha oído cantar á los ángeles?

VILLAN. No, señor.

VALENTÍN. Pues por eso digo que la Miranda canta como ellos, ¡porque tampoco se la oye!

URRUTIA. ¡Chist! ¡D. Fernando!

VILLAN. ¡Ah! El senador D. Fernando, genuino representante del abono... y mi enemigo natural, por consiguiente.

VALENTÍN. Con razón.

VILLAN. No; si no disputo. Todo el mundo tiene razón en contra mía esta noche, aunque sea senador vitalicio.

ESCENA IX

DICHOS, DON FERNANDO (con gabán de verano al brazo).

Música.

FERNANDO. He llegado tarde,
no he visto el estreno,
pero me han contado
que no ha sido bueno.
(A Villanueva.) Dispénseme usté,
digo lo que dicen.

VILLAN. ¡Vaya! ¡no hay de qué!

FERNANDO. Toda la tarde como un leño
he presenciado la sesión,
porque el Senado incita al sueño
aunque peligre la nación.

TODOS. Pero ¿está en peligro?

FERNANDO. Parece que sí.
Esas son las voces
que andan por ahí.
Arde la guerra despiadada,
la integridad está en un tris,
ya no hay dinero, ya no hay nada,
sobre un volcán está el país.
Así es que nosotros,
según datos ciertos
de algunos amigos
que estaban despiertos,
hemos empleado
toda la sesión...

TODOS. ¿En qué?

FERNANDO. Discutiendo el acta
de Villamelón.

TODOS. En eso los pobres
se pasan la vida
aunque esté la patria

muy comprometida.
¡Que Dios les conserve
la serenidad
para salvaguardia
de la sociedad!

FERNANDO. Dicen que falta la justicia
que era del orden el sostén,
y hasta asegura la malicia
que ya no se hace nada bien.
Así es que se irritan
las oposiciones,
y esta tarde ha habido
interpelaciones
como la que ha hecho
cierto senador...

TODOS. ¿Para qué?

FERNANDO. Pidiendo un estanco
para un elector.

TODOS. En eso los pobres
se pasan la vida
aunque esté la patria
muy comprometida.
¡Que Dios les conserve
la serenidad
para salvaguardia
de la sociedad!

(Al terminar el número, Moreno entra en su cuarto, Teodoro en el de la Miranda, Valentín y Lozano vuelven al escenario falso, y quedan solamente en escena D. Fernando, Urrutia, Villanueva y Pinilla.)

Hablado.

FERNANDO. (A Urrutia.) Pues... yo venía á pedir á usted un favor.

URRUTIA. Usted dirá.

FERNANDO. Que á esa chiquilla rubia, alta, que canta en el centro, nos la pusieron ustedes siempre en primera fila.

URRUTIA. Eso es cosa del director.

FERNANDO. ¡Ah! ¿sí? Pues hablaré al director. Los compañeros se han empeñado en *honrarme* con esta comisión, y yo no he tenido más remedio que aceptarla. Aunque esta noche no estoy para bromas.

VILLAN. Como yo.

FERNANDO. Tengo una preocupación muy grande.

VILLAN. ¡Caramba! ¿está usted preocupado?

FERNANDO. Sí, señor; porque no sé qué diablos hacer en la sesión de mañana.

VILLAN. ¡Ah! es verdad que la sesión de manaña va á ser interesante.

FERNANDO. ¿Está usted enterado?

VILLAN. ¡Como que es cosa que nos importa á todos! Si triunfa la izquierda, la guerra se hará á sangre y fuego, se levantarán empréstitos forzosos, se declarará universal y obligatorio el servicio militar, nos liaremos la manta á la cabeza, y la nación, lanzada á todo vapor en el camino del vértigo, irá á parar no se sabe dónde, arrollando obstáculos, saltando abismos, comprometiendo acaso la paz universal. Si vence la derecha se procurará contemporizar con todo el mundo, se amainarán velas, se taparán bocas á fuerza de oro y el país irá tranquilamente, sin convulsiones, sin notarlo, á una ruina lejana, pero cierta. Como se trata de un asunto grave, las fuerzas están equilibradas en el Parlamento, hasta el punto de que un voto, ¡un solo voto! puede marcar el rumbo que ha de seguir la nación, y tal vez el mundo.

FERNANDO. Justo, un solo voto: ¡el mio! Vean ustedes por donde estoy representando en este instante nada menos que el porvenir, y sin embargo me tienen ustedes aquí tan tranquilo.

VILLAN. Pues eso es lo que me choca.

ESCENA X

DICHOS. CASILDA (por la segunda derecha, á medio vestir de guerrero romano.)

CASILDA. Señor Urrutia, vengo á decirle á usted que yo no salgo á escena con este calzadillo.

URRUTIA. ¿Porqué, hija?

CASILDA. Porque da vergüenza. Roto, deslucido, estrecho, no hay manera de atarlo ni de abrocharlo por ninguna parte.

FERNANDO. Pues yo creo que se sujeta con facilidad. ¿Me permite usted que pruebe? (Hinca una rodilla en tierra y trata de abrochar la correa.)

CASILDA. ¡Por Dios! No se moleste usted.

FERNANDO. ¿Molestarme? Al contrario. ¡No sabe usted lo que daría porque me vieran así los de la platea.

VILLAN. (A Urrutia.) Vea usted; ahora tiene la Casilda en la punta del pie los destinos de la patria. No tiene más que decir una palabra y mañana vota el barón lo que á ella se la antoje. ¡Cuántas veces habrán cambiado el mundo los calzadillos de las Casildas!

FERNANDO. (Levantándose.) ¿Ve usted? Perfectamente.

CASILDA. Muchísimas gracias. Bueno, pues esta noche salgo así por no desairar á este caballero; pero lo que es mañana. .

URRUTIA. ¿Qué? (Retirándose al segundo término los dos.)

CASILDA. Mañana si el sastre no me da otros nuevos no me visto.

URRUTIA. Anda, hija, anda; que con llamar otra vez al barón está todo arreglado. (Vanse, Casilda por la segunda derecha y Urrutia por el foro.)

VILLAN. Con permiso de usted, voy á saludar á la tiple. No me han dejado desde que concluyó el estreno.

FERNANDO. Vaya usted enhorabuena. (Entra Villanueva en la segunda izquierda). Y ahora, vamos á lo importante. Portero.

ESCENA XI

PINILLA, DON FERNANDO. Después BERNARDA

PINILLA. (Acercándose respetuosamente.) ¿Llamaba usted?

FERNANDO. ¿Ha visto usted entrar á la ramilletera?

PINILLA. Si, señor, hace un rato. (¿Para qué la querrá éste? ¡Mala señal!)

FERNANDO. Pues hágame usté el favor de buscarla y decirla que la espero aquí, en el saloncillo.

PINILLA. Yo... dispense usted, pero no puedo faltar de mi puesto.

FERNANDO. Vamos, hombre; si es cuestión de un instante. Si le dicen á usté algo écheme usté la culpa, y no tenga usté miedo. Yo le diré á usté dónde puede encontrarla. En el cuarto donde se viste esa chica nueva.

PINILLA. ¡Rosario!

FERNANDO. Justo. Rosario. Ha ido allí con un encargo mio.

PINILLA. (Procurando dominarse.) Con un encargo de usted... y quiere usted que yo suba á buscarla.

FERNANDO. Sí, hágame usted el favor. (Le entrega un cigarro puro.)

PINILLA. (Cogiendo maquinalmente el cigarro y estrujándolo entre los dedos.) ¡El favor! ¡Es demasiado favor, señor don Fernando! (Conteniéndose.) ¡Ah! dispense usted, se me ha deshecho el puro. Y vamos, ¡que no!

FERNANDO ¿Qué?

PINILLA. (Transición). Que no me atrevo á moverme (Sale Bernarda por la segunda derecha.) Pero.. ahí la tiene usted cabalmente. (Se retira á su sitio.) (¡Aquí estaba el peligro! ¡No hay que perder ni una palabra.)

FERNANDO. ¿Hecho?

BERNARDA. Hecho.

FERNANDO. ¿Aceptó los claveles?

BERNARDA. Se resistió un poco, porque es de lo más sosaina que he visto. Gracias á que yo sé hacer esas cosas.

PINILLA. (¡Estoy por adelantarme y acogotarlos!)

FERNANDO. Bueno, pues ha llegado la ocasión de intentar el segundo golpe. ¿Tú crees que aceptará un ramo?

BERNARDA. Con un poquito de trasteo...

FERNANDO. Pues anda y prepara uno con las mejores flores que tengas. Y en seguida te pasas por el vestíbulo para que yo ponga entre ellas una tarjetita con cuatro letras, ¿entiendes?

BERNARDA. Sí, como de costumbre.

FERNANDO. Justo, como de costumbre.

PINILLA. (¡Ah! pero ese ramo de ahora os lo vais á tragar por partes iguales).

BERNARDA. Pues vuelvo en seguida. (Yéndose primera derecha.)

FERNANDO. Te espero en el vestibulo.

PINILLA. (¡Y yo aquí!)

ESCENA XII

DON FERNANDO, PINILLA, VILLANUEVA

VILLAN. ¿Todavía por aquí, señor don Fernando?

FERNANDO. Me marchaba ahora mismo. Y apropósito, antes se me olvidó dar á usted el pésame por el percance de esta noche.

VILLAN. Muchas gracias.

FERNANDO. Aunque según parece, es usted solo el que ha tenido la culpa.

VILLAN. ¡Claro!

FERNANDO. Sí, me han dicho los compañeros que se ha metido usted en unas filosofías y en unas honduras imposibles

VILLAN. ¿Y ellos cómo lo saben, si durante el estreno han estado leyendo *La Correspondencia?*

FERNANDO. ¿Y qué quería usté que hicieran si se aburrían los pobrecillos? ¡Créame usted, joven! Para otra vez déjese de literaturas siempre fastidiosas, y apele á las escenas picantes, á los trajes vistosos y á que las muchachas enseñen todo lo que puedan.

VILLAN. ¡Eso! Comercie usté con la vergüenza de las mujeres, excite usté los apetitos del público, y el jornal será espléndido. Pero, señor barón, ¡eso es ponerme á mí al nivel de la señora Bernarda!

FERNANDO. Bueno, pues usté hará lo que quiera, pero siempre se estrellará usté si sigue por ese camino.

VILLAN. ¿Por qué?

FERNANDO. Porque ese no es camino. ¡Es derrumbadero!

(Saluda con una inclinación de cabeza y vase por la primera derecha.)

ESCENA XIII

VILLANUEVA, PINILLA, EL MAESTRO DE COROS Y EL SEGUNDO APUNTE

VILLAN. ¡Y lo malo es que del voto de este caballero dependen no sé cuántas cosas!

(Aparecen en lo alto de la escalera el maestro de coros y el segundo apunte.)

MAESTRO. Anda, avisa á las chicas que bajen un momento de cualquier manera, que vamos á repasar el primer número, que está un poco verde.

(El segundo apunte sube corriendo por la escalerilla de la segunda derecha. El maestro de coros, se sienta junto al piano, y durante la escena hace escalas, ó lo que se le antoje.)

PINILLA. Señor de Villanueva, ¡ya ha parecido!

VILLAN. ¿Quién?

PINILLA. El que quiere robarme la felicidad, ¡el que se dirige á Rosarito!

VILLAN. ¡Hola! parece que se sale usté de sus casillas. ¿Lo ve usted? La pasión, para estallar, necesita obstáculos. Es como el mar, que rompe en olas furiosas contra las peñas, y muere mansamente y sin ruido en las arenas de la playa. Mientras quería usté con tranquilidad ni siquiera se enteraba de que quería, y ahora que empieza usted á dudar está que echa lumbres.

PINILLA. Pues eso es lo que yo digo. Si el amor es el placer, la dicha, la dulzura, ¡lo más rico del mundo! ¿en qué consiste que cuando uno se enamora de verdad está siempre llevado de los demonios

VILLAN. ¡Toma! es que el amor puro es oro fino efectivamente, pero hay quien parece que da monedas y da cartuchos de perdigones. (Vase foro.)

PINILLA. Pues créame usted, ¡yo no soy tan imbécil que me deje dar este cartucho!

(Bajan tumultuosamente por la segunda derecha el segundo apunte y el coro de señoras, unas con cascos, otras con corazas, otras peinadas, otras con el pelo tendido; algunas traen flores en el pecho y en la cabeza; Rosario, que todavía está peinada, lleva entre el pelo un manojo de claveles. El segundo apunte desaparece por el foro, el coro forma grupos rodeando el piano.)

ESCENA XIV

PINILLA, ROSARIO, EL MAESTRO, CORO DE SEÑORAS

MAESTRO. ¿Estamos?

Música.

ROSARIO Y CORO. Guerreras de amor,
sin miedo avanzad
que ya el enemigo
nos pide piedad.
Con las armas del placer
siempre entramos en acción
y sabemos que á vencer
nos ayuda la pasión.

PINILLA. Escucha un momento,
acércate aquí.

ROSARIO. Estoy ensayando;
no puedo salir.

ROSARIO Y CORO. Los cascos y corazas
no infunden ya temor,
luchemos con sonrisas,
guerreras del amor.

PINILLA. Salte del grupo.

ROSARIO. No puede ser.

PINILLA. Pues yo á la fuerza
te sacaré.

(La coge de un brazo, la separa de los grupos y la trae al proscenio.)

Arranca esos claveles,
Rosario mía,
de tus cabellos,
porque un dolor horrible
como el de la agonía
me das con ellos.

ROSARIO. Si son tan lindos
estos claveles,
¿por qué te causan
penas crueles?

PINILLA. Porque el canalla
que te los dió
quiere robarme
tu corazón.

(A una mirada del maestro, Rosario vuelve precipitadamente á unirse á los grupos. De la letra deducirán los actores el juego escénico de este cantable, sin necesidad de nuevas acotaciones.)

ROSARIO Y CORO. Con las armas del placer
entraremos en acción,
y sabemos que á vencer
nos ayuda la pasión.

PINILLA. Junto al abismo
tiene ya el pie.
¡Yo, por salvarla,
me perderé!

ROSARIO Y CORO. Guerreras de amor,
sin miedo avanzad
que ya el enemigo
nos pide piedad.

ROSARIO. Tus celos me ofenden,
tus dudas me apenan,
y turban á un tiempo
la paz de los dos.
Y ya que estas flores
tu dicha envenenan
¡malditas mil veces!
¡malditas de Dios!

(Arranca el manojo de claveles, lo arroja al suelo y lo pisotea.)

ROSARIO Y CORO. Los cascos y corazas
no infunden ya temor,
luchemos con sonrisas,
guerreras del amor.

PINILLA. Yo, por salvarla
me perderé...

ROSARIO. ¡Malditas mil veces!
¡malditas de Dios!

CORO. Sin miedo avanzad,
guerreras de amor...

Hablado.

MAESTRO. Está bien; pueden ustedes retirarse.

(Rosario y el coro de señoras vuelven á subir segunda derecha. El maestro cierra el piano y se va por el foro. Pinilla vuelve á su sitio.)

ESCENA XV

PINILLA Y BERNARDA (sale con el cesto de claveles y otro ramo en la mano.)

PINILLA. ¡Chist! Espérese usted. ¿De quién es ese ramo?

BERNARDA. Mío.

PINILLA. ¿Qué trae usté en él?

BERNARDA. Nada; pero aunque trajera la catedral de Burgos le tendría á usted sin cuidado.

PINILLA. Démelo usté.

BERNARDA. ¿Para qué?

PINILLA. Para verlo.

BERNARDA. ¡Quiá! ¡Pues estaría bueno, hombre!

PINILLA. ¡Ea, basta de músicas! Entre esas flores tiene que venir el veneno, señora Bernarnarda. Conque suelte usté el veneno por la buena, ó la echo mano á la garganta, y aprieto, aprieto... hasta que desembuche.

BERNARDA. ¡Vaya con la manía que ha tomado el hombre! ¿No le digo á usté que no traigo nada?

PINILLA. Pues yo la digo á usté que sí. Conque venga ese ramo.

BERNARDA. ¡No me da la gana! ¡No faltaba más!
PINILLA. Verá usté como sí que le da la gana. (Trata de quitársele sujetándola además por el cuello.
BERNARDA. !Que no quiero! ¡Granuja, cobarde, ladrón! ¡Qué me ahoga! (Pinilla se queda con el ramo, le deshace violentamente y saca una tarjeta metida en un sobre.)
PINILLA. ¿Ve usté como sí había veneno?
BERNARDA ¿Y á ti que te importa? ¡Me las vas á pagar! (Se arregla la ropa, recoge los restos del ramo y vase por el escenario. Entre tanto Pinilla lee la tarjeta, y el segundo apunte va llamando á las puertas de los cuartos.)
APUNTE. Señorita Miranda, ¿podemos empezar?
LA MIR. (Dentr .) Sí.
APUNTE. Sr. Moreno, ¿podemos empezar?
MORENO. (Dentro.) Sí.
APUNTE. (Segunda derecha.) ¡Coro de señoras! (Vase corriendo por el foro.)
PINILLA. ¡Sí, ya lo decía yo! (Volviendo á leer.) «Mañana... Si usté quiere... Protección de padre...» (Viendo á D. Fernando que viene por el pasillo de los palcos, primera derecha.) ¡Ah! ni traído con un cordel! (Cerrando el paso.) ¿Dónde va usté, caballero?

ESCENA XVI

PINILLA; DON FERNANDO

FERNANDO. ¡Hombre! ¿ahora salimos con esas?
PINILLA. Sí, señor; no se puede pasar.
FERNANDO. ¿Es orden de la empresa?
PINILLA. No señor, mía. Soy yo el que no quiere que usté pase.
FERNANDO. Vamos usté ha bebido más de la cuenta. ¿Sabe usté quién soy yo?

PINILLA ¡Pues no he de saber! D. Fernando de no sé cuantos, barón de no se qué, senador por no sé donde y muchas veces millonario. Y sin embargo, yo, el de abajo, el del arroyo, á quien dan dos reales por ponerse esta gorra, le echo á usted de aquí como á un estorbo. ¡Y mire usté por donde soy yo ahora más rico que usté, porque el gustazo me cuesta el pan de algunos meses, y placeres tan caros no los ha comprado usted en su vida!

FERNANDO. Vaya, usté está loco. ¡A ver! el representante, uno... ¡que pongan á este hombre en la calle!

PINILLA. Pero ¿no le digo á usté que tiro los dos reales por la ventana? Usté puede quitarme los dos reales; lo que no consiento que me quite es otra cosa que viene usté buscando aquí: ¡el ansia de mi vida, el calor de mi alma y lo que más quiero en el mundo!

FERNANDO. Ea, basta de impertinencias. Échese usted á un lado. (Pretendiendo avanzar.)

PINILLA. (Plantándose delante de él fieramente.) ¡Digo que atrás, señor barón, ó por la memoria de mi madre que le mato á usté como á un perro!

FERNANDO. (Retrocediendo algunos pasos.) ¡Eh! ¡no faltaba más!

(Salen por la segunda izquierda la Miranda, vestida de guerrero romano, y Teodoro, por la primera izquierda; Moreno, con un traje cualquiera de capricho; por el foro, Urrutia, Valentín, Lozano y Villanueva, y por la segunda derecha, Rosario, Casilda y coro de señoras, completamente vestidas de guerrero, con lanzas cascos, corazas y rodelas y el pelo suelto.)

ESCENA ÚLTIMA

DON FERNANDO, PINILLA, ROSARIO, VILLANUEVA, LA MIRANDA TEODORO, MORENO, URRUTIA, LOZANO, VALENTÍN, CORO, EL SEGUNDO APUNTE Y EL MAESTRO DE COROS

MORENO. ¿Qué pasa aquí?

LA MIR. ¿Qué escándalo es este?

CASILDA. Niñas, ¡que hay bronca!

VILLAN. ¿Qué es eso, Pinilla?

PINILLA. Nada, señor de Villanueva; lo que le había dicho á usted antes: que me pierdo para salvarla.

(El segundo apunte aparece en lo alto de la escalera.)

APUNTE. ¡Se ha empezadooo!... (Vase corriendo.)

URRUTIA. ¡A formar, niñas. ¡Vamos, vivo!

(Las coristas se forman en dos ó tres filas, según convenga, á la derecha, y se colocan en actitud de subir al escenario falso, de espaldas al público. La Miranda pasa á ponerse al frente. El maestro de coros, en lo alto de la escalera, de frente y dispuesto á dar la señal.)

TEODORO. Está usted así apetitosísima.

LA MIR. ¡Asaúra!

URRUTIA. (A Pinilla.) Usted á la calle inmediatamente.

PINILLA. (Tirando al suelo la gorra.) Ya lo sé, señor representante, pero no me voy sólo. Rosario ¡fuera de la fila! ¡á quitarte esos oropeles y á casa!

(La coge de un brazo, la separa violentamente del grupo y la hace colocarse á su derecha.)

ROSARIO. Pero ¡por Dios! ¿qué haces?

(El maestro de coros con el oído atento á lo que pasa en el escenario falso, da una palmada.)

MAESTRO. ¡Prevenidas!

(La Miranda y las coristas preparan las lanzas y los escudos y quedan en una actitud marcial.)

PINILLA. Tiene dos caminos: O morirse de hambre ó morirse de vergüenza. Se morirá de hambre... ¡pero conmigo!

(El maestro hace con el brazo la señal de empezar, y rompen á cantar el final la Miranda y el coro, que avanzan marcando el paso, lanzas en ristre, suben la escalera del foro y se pierden en el escenario.)

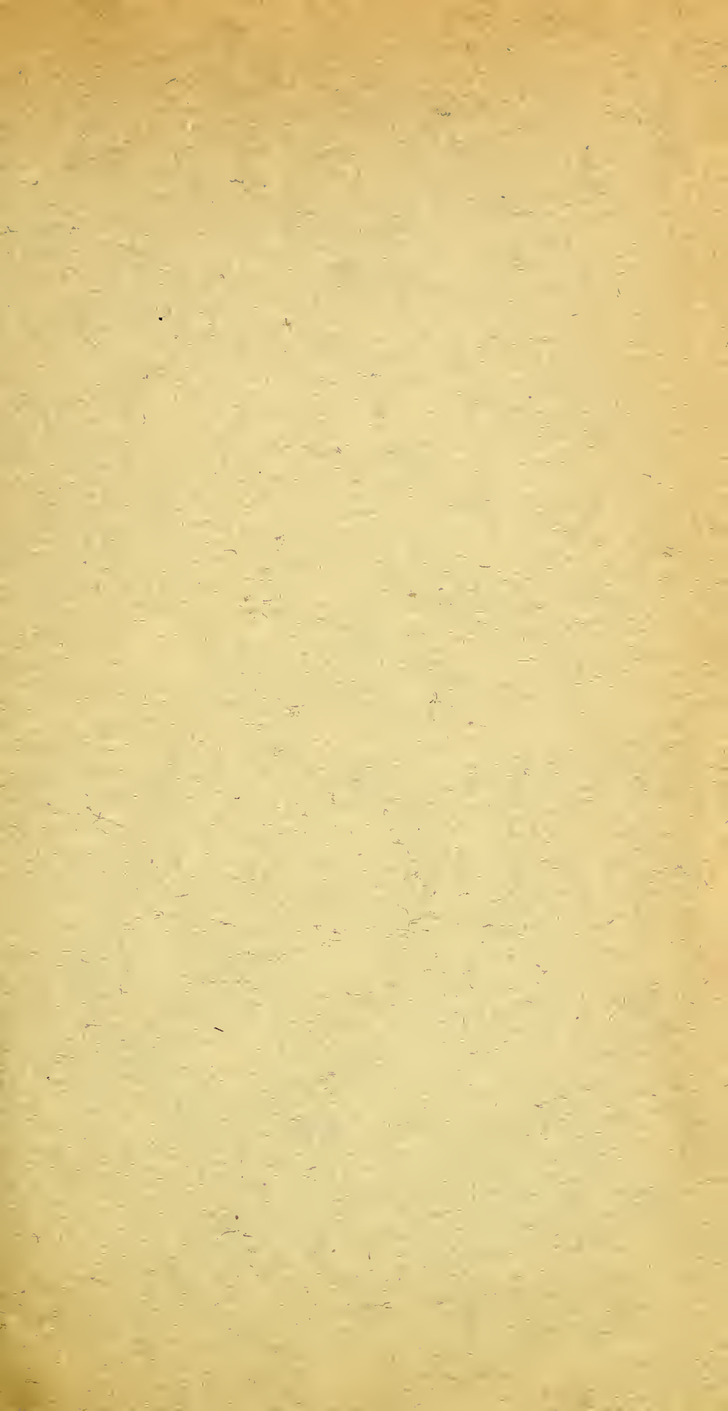
Música.

LA MIR. Y CORO. Guerreras de amor,
sin miedo avanzad
que ya el enemigo
nos pide piedad...

TELÓN







PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta,* calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe,* carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín,* Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo,* calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado,* calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg,* calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª,* calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano,* plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.